

APÉNDICE

Por si á exigencias del reparto conviniera, copio á continuación otro final que para esta obra había sido escrito.

No doy á lo anecdótico tanta importancia como á lo mental, y desde luego me conformo con el final que escojan los actores, de los dos que aquí se señalan.

Las variantes de esta segunda solución comenzarían en la pág. 163, donde dice:

ISIDRO

¡Así... ¡Ven! ¡Ven! ¡Por fin!

Desde la acotación inmediata, hasta el final, la obra proseguiría en esta forma:

Cuando el viejo bedel levanta el brazo armado de un cuchillo para hendirle, se determina un ataque de hemiplegia y cae desplomado ISIDRO, en brazos de PABLO que iba á contenerle.

CARMEN

Apartándose horrorizada.

¿Y se muere?

PABLO

Sin maldecirte... Dios le tapó la boca ¡y Dios es Dios!

CARMEN

¡Padre... padre!...

PABLO

Ayuda á caer en un sillón, junto á la mesa el cuerpo, á medias paralizado del viejo bedel: llama,

¡Enrique! ¡Gloria!

CARMEN

Dando á entender su estado de ánimo.

¿Gloria? ¡Gloria, no!... Dile... ¡dile que no he querido que me viera!

Retrocede sin dejar de mirar el cuadro que queda en la escena; llegando á la puerta, con un esfuerzo supremo, huye á través de la sala; se abre la lateral izquierda, dando paso á ENRIQUE y GLORIA.

GLORIA

Al ver el cuadro.

¡Pablo!...

ENRIQUE y PABLO atienden al moribundo.

¿Y Carmen?

PABLO

Se fué...

GLORIA

Adivinando; casi entre sollozos.

¿Volverá?

PABLO no contesta.

ENRIQUE

Con ojos de súplica; mostrando á PABLO la perturbación angustiosa de GLORIA.

¡Pablo!

PABLO

Reaccionando; con ímpetu.

¡Volverá, sí, Gloria, y casi te diré que no se ha

ido! ¡Podemos llevarla sin flaqueza en nuestros corazones! ¡Tú sola, Gloria, que miraste en su alma sin deseo malo, la viste cómo era!

GLORIA

Entre sollozos siempre.

¡Pablo, Enrique!

Y juntando las manos, se deja caer de rodillas junto al bedel.

PABLO

Mientras ENRIQUE atiende al viejo y GLORIA le ayuda.

Pero dejó la muerte en casa...

Vuelto á la puerta del fondo.

¡Sigue trepando!... Que si un día vuelves, arrepentida tal vez, encontrarás ruinas.

Se agrupan en torno al viejo bedel, que dobla la frente.

TELÓN

TEATRO IMPOSIBLE

DIALOGOS IMPERSONALES

LA ALPARGATA Y EL SABLE

Al azar, y después de fortísima refriega, que dejaba el aire lleno de aterradoras resonancias, quedaron en la esquina de la calle un *sable* roto y una de dos pobres *alpargatas* que debieron pertenecer á algún osado de los que, con tan grave riesgo para sí se dieron, por aquellos días, á defensa de ideales.

En el desamparo de la calle, turbando apenas el silencio que sigue á los grandes estrépitos, el diálogo de ambos simbolillos era interesante:

LA ALPARGATA

Habéis estado duro, señor mío.

EL SABLE

Me movieron con dureza manos que no entendían de razones.

LA ALPARGATA

Ni á mí tampoco se me alcanza bien por qué salí á la calle, qué buscaba en ella, qué luchas me envolvieron; finalmente, qué me ha aprovechado venir á parar despanzurrada y triste á este rincón.

EL SABLE

Creo yo que ambos, hermana, somos infelícisimas criaturas.

LA ALPARGATA

Y no es el vuestro creer de lince, señor sable, sobre todo si atendemos sólo al lamentable aspecto de nuestra rota actual. Pero no nos abatan las desgracias, ni del daño presente exprimamos hiel con que envenenarnos para el resto de la vida; que ese es achaque de biliosos, ó á lo más de críticos, pocas veces dados á la inspección serena de las cosas. Vos, señor sable, aunque perniquebrado, parecéisme galán mozo. Yo, bien que el exterior aspecto no sea muy pomposo, hago de la buena compañera. Los dos podemos hablar y explicarnos nuestros casos. Por ellos tal vez nos venga el conocimiento de la causa que ha originado tantos males.

EL SABLE

Poco entiendo de hablar, señora mía, ya que desde niño sólo instrucción de gimnasta he recibido, como si me prepararan para exhibirme en circo. Así, pues, hablad vos, que yo os escucho, y se me engendran, entretanto, las razones.

LA ALPARGATA

Pobre soy; baja he nacido; corta vivo; miserable sufro; desamparada me combaten. Ni he solicitado el vivir, ni mi vida me parece otra cosa que satisfacción de ajenas necesidades. Lucra conmigo mi padre que me vende, mi amo que me explota y después me arroja inútil, el traperero anónimo que conmigo chalanea, el que fabrica papel y me aniquila ó el que escribe sobre él y me zahiere. Paria soy en la tierra, que no puedo quejarme. No es mi vida para mí, ni mis fatigas me aprovechan. Por eso rara vez sirvo con gusto y á los dos días de vivir ya parezco vieja y han perdido su tiesura y elegancia mis facciones. Se hace guiñapo sucio la composición galana de mis cintas; pierde su gallardía natural lo trabajado de mi talle; me hace bolsas la ropa y yo misma cobro asco y disgusto de mi persona. Andan por ahí diciendo que también yo tengo derecho á vivir; que puedo ser una alpargata libre (y aun algunos dicen que *debo*); que á nadie, sino á mi propia, corresponde el fruto de mi trabajo; que el haber botas y alpargatas no es decir que las alpar-

gatas deban ponerse al servicio de las botas, sino, cada una en su terreno, que trabaje para sí; que no es el mundo tuyo ni mío (y me parece natural y llano), sino de todos y bueno para todos; que ha acabado el vivir unos sobre otros y que vuelve el vivir sobre la tierra, etc., etc. Dicen esto por tan diversos modos los que lo dicen y tantas razones hallan para probarlo, que en miles de años que han comenzado á decirlo, no las tienen agotadas todavía. Nadie les contradice formalmente, y ya que lo hagan, es por modo tan convencional y falto de sinceridad, que lo pobre, rutinario y hueco de sus razones, traiciona su falta de convicción. Es curioso de observar que ni nuestros propios verdugos y señores, niegan ya la razón que nos ampara. Les ves mantener conciliábulos ellos con ellos y dirigirse algunas veces á nosotras, siempre aparentando que buscan nuestro bien. Ya hemos llegado al contentar con palabras, que es llegar al punto capital de las cuestiones. Pues si de lo que nos rodea queremos sacar argumentos, vemos á la juventud gallarda y abierta, combatir por nosotras; al ejército sacerdotal de artistas y filósofos, hacer nuestra causa; á las naciones avanzadas, ponerse de nuestro lado; á la gente de periódicos, ateneos y academias, llevarnos y traernos constantemente y dotarnos de incógnita (que es, hasta ahora, nuestra dote única), para motejarnos de problema. La cuestión lo es del día, nadie lo niega. Se nos hace materia de estudio como si en las hambres valieran silogismos. Y á tal sazón hemos llegado de la controversia, que cuando todos se preocupan de nos-

otras y nos señalan el camino y nos leen la doctrina, casi habría parecida descortesía de nuestro lado no entrar también en la disputa y no tomar en ella parte activa, que al fin por sólo nosotras es, y nadie mejor que nosotras mismas para entender en ella. Salimos, pues, á plaza muy rumbosas; recortamos á la ambición las alas, al pedir dejamos en mantillas; lo de innovación y de reforma queda reducido á parcas alteraciones; nuestro pretender es modesto; nuestro reivindicar, tres varas por debajo de lo que los sociólogos pretenden. Y á pesar de todo, ¿creerás que hemos sido oídas? ¿imaginas que, halagados de nuestra generosidad, han corrido á concedernos lo poco que pedíamos, siquiera como hábil traza con que hacernos olvidar de lo mucho que se nos debe? - Deja allá esas esperanzas de poeta, amigo mío, y atiende nuestro caso, que tiene chuscas apariencias de sainete de farandulero, si ya no le asomaran puntas y ribetes de tragedia. Se consiente á los demás que proclamen nuestros derechos; pero cuando á nosotras nos ocurre ejercerlos, nos tapan la boca con libras de plomo y á los brazos que se levantan para pedir saben arrancarlos de su encaje; que es más fácil segar vidas que destruir sentencias, y con más prontitud se deja manco á un hombre que se le quita una idea, nacida libremente en su cabeza. No han discutido con nosotras, sino reñido. No se ha tratado de apaciguarnos, sino de deshacernos. No se ha buscado la razón de nuestra actitud, sino su término. Esto ha pasado; esto pasará; esto no tiene remedio, mientras á la sociedad se la concedan fa-

cultades para el crimen que en el individuo repugnan; mientras la fuerza sea una base de gobierno, y mientras nosotras, alpargatas, en nuestro desamparo, pidamos, y vosotros, sables, neguéis, en vuestra arrogancia sin razón.

EL SABLE

Movidos vamos, pobre muchacha, por manos en quienes la única razón es la obediencia.

LA ALPARGATA

Lo sé, lo sé; ni á vosotros os guardo rencor; aunque vuestra desaparición me parece necesaria.

EL SABLE

Yo la vería con buenos ojos. Cada día la sangre me repugna más: comprendo que los tiempos van cambiando; que ya las desordenadas pasiones no hacen á los hombres fieras cuando luchan, que cada vez es más alto el cráneo que abatimos y por más lleno de resplandeciente inteligencia más criminal y torpe derribarlo.

LA ALPARGATA

Podrías dedicaros á grandes menesteres: segar el heno de perfume penetrante; amontonar en ga-

villas el trigo de color de oro; hacer leña de los árboles secos para alimentar el fuego en el invierno. Es necesario fundiros nuevamente.

EL SABLE

Nos tendremos que separar.

LA ALPARGATA

Para reunirnos luego en un mundo amigable. El brazo que ahora te mueve es hermano del pie que á mí me calza. En esto fundo grandes esperanzas. La violencia no puede durar. Vendrán triunfos de amor.

EL SABLE

Quisiera abrazarte.

LA ALPARGATA

Es imposible ahora, que la sangre que llevas encima me repugna. En tu nueva existencia, después del trabajo, cuando huelas á hierba, recién segada...

Y la pequeña agitadora desplegaba insinuante todo lo que en ella pudiera parecerse á gracia femenina.

El sable soñaba con delicia en aquellos tiempos futuros del desarme.

LOS DOS LIBROS

Los contemporáneos del nacimiento del Teatro llamaron *Bululú* al espectáculo que consistía en salir un cómico á las tablas y recitar él solo toda una obra dramática, anteponiendo á los parlamentos los nombres de los personajes que los iban parlando y adoptando, según la condición, sexo, edad y estado moral de cada uno de ellos, sendas y apropiadas actitudes ó tonalidades.

Hecha esta indicación, que me indulta para después de por lo menos cuatro notas explicativas, con apoyadura de textos eruditos, todo mi trabajo en este diálogo será ir copiando lo que, de un estante á otro de mi librería, se iban diciendo en la quietud, ya un poco tibia, de una de estas últimas sietas, un libro viejo con cubiertas de pergamino y otro flamante, pomposo y nuevo, todavía sin cubrir.

LIBRO VIEJO

Por males de sus pecados y apariencias sospechosas y venirme sin bautismo, ¡atrás, seor novicio de